

fué dicha además con aire tan buenazo, y tan cándido, que el joven no halló de pronto palabras con qué responder; pero cuando se halló fuera de la casa, llevaba revuelta la bilis.

—¡Hasta este extremo—pensó,—he dejado llegar á esa borriquilla sin substancia! Nada; que me considere exactamente lo mismo que á un criado. Ya no falta sino que un día me dé las botas del niño para que se las limpie. No es posible que todo esto sea solamente ignorancia; hay debajo mucho desprecio, es evidente, y la intención escondida de humillarme. ¡Oh cuadrilla de vaqueros incultos! Yo os daré una lección de buena crianza, que conservaréis en la memoria por mucho tiempo.

Volvió á la siguiente lección, decidido á decir á la señora, al tío, á cualquiera que estuviese presente, que le permitiesen no continuar, y por qué causas, sin atenuar en lo más mínimo nada, sino la expresión de su amor propio ofendido. Pero en la puerta del jardín hallábase esperando la doncella, que, al verle, se apresuró á decir, con una sonrisita ambigua, «que habiéndose retrasado la comida dos horas, *los amos* estaban todavía en el comedor, y le rogaban que volviera una hora después...»

La sangre se le subió al rostro, y una frase dura llegó hasta sus labios; pero avergonzándose de desahogar su indignación con una criada, logró dominarse, volvió la espalda, y sin contestar, se alejó, resuelto á no poner más los pies en la casa, y agitado por mil pensamientos rencorosos de venganza. Todo su antiguo encono de maestro humillado contra esa aristocracia del dinero, mal educada y vanidosa, tornó á levantarse en su alma, y las antiguas ideas de venganza social encendiéronse en él con la violencia de una llama alimentada por materias resinosas. El mismo procuró avivarlas, y por largo rato, con rabiosa voluptuosidad, dió pasto á su imaginación con una soñada turba de proletarios descamisados que penetrasen, como irrupción desencadenada, en aquel jardín, en aquella posesión, pisoteando, destrozando, pulverizándolo todo, persiguiendo de habitación en habitación, á patadas y á estacazos, al tío aristócrata, al marido, explotador de

trabajadores, y hasta aquel pedazo de carne insípida y cubierta de joyas, engreída con el goce de lo mal adquirido, que exhalaba por todos sus poros la ignorancia de un juguete de seriallo y el desprecio á la pobreza que ella merecía. En ese estado de ánimo llegó á su casa, y se desahogó contándose todo á Faustina que, aún en medio de su estupor, parecía que se alegraba de lo sucedido, y apoyó con calor la determinación del maestro, de romper definitivamente con aquella señora. Pero á Emilio no le bastaba eso. Quiso que la señora Ribbani supiese la causa verdadera de aquella ruptura, y muy convencido de que sus palabras serían reproducidas desde la primera á la última, fué á decirlo todo á la maestra señora Falbrizio.

—Vaya usted á repetírselo—le dijo,—usted que es de la casa, y dígame también que dejo plantados á la mamá y al chico, por las razones que he tenido la honra de exponerle, todas las cuales me han demostrado que la señora de Ribbani no tiene una idea bastante clara de la diferencia que existe entre un maestro y un mozo de caballos.

La señora Falbrizio dió en todo la razón al maestro, replicando, no obstante, con una de sus sonrisas benévolas y llenas de malicia, que en el fondo la señora era digna de lástima, porque no pertenecía á una familia... Su madre había tenido un puestecillo de mercería en los soportales de la plaza municipal de Turín; ella misma había manejado el metro hasta la edad de catorce años; el señor Ribbani la había visto en el puesto, y se había enamorado de ella; y era necesario decir asimismo que, no solamente era hermosa, sino buena también; un corazón de oro, y una señora que, «dijeran lo que dijeran de ella», observaba una conducta superior á todo encarecimiento.

Dos días después, el criado de la señora de Ribbani fué á casa del maestro á preguntar de parte de su ama por qué no había vuelto á parecer, y cuándo volvería á dar lección; la señora Falbrizio nada había dicho todavía. El maestro contestó que él escribiría. Escribió, efectivamente, al otro día una carta muy seca, en la cual, sin decir por qué, suplicaba á la señora

que le dispensase de continuar dando lecciones. La señora, que no escribía nunca, envió á preguntar con palabras muy corteses la razón de aquella respuesta. El maestro no contestó. Volvió por tercera vez el criado con una carta en que debía de venir dinero, reiterando el ruego de que volviese ó se explicase. El joven no recibió la carta y no se explicó. Entre tanto, había transcurrido una semana, durante la cual la señora Falbrizio nada había dicho, para darse el refinado placer de tener en su mano por algún tiempo los hilos de aquel delicado asunto. Por último, fué una vez más el emisario de siempre, con un aire de humildad que debía de ser reflejo del estado de ánimo de su ama, para rogar con insistencia al maestro que hiciese el favor de ir, aunque fuese un momento sólo, á ver á la señora, que estaba disgustadísima y que deseaba decirle una cosa de mucha importancia. La señora Falbrizio había hablado. Emilio acudió al llamamiento.

La señora estaba realmente afligida, porque no había humillado al joven por altanería, sino por no tener la más remota idea del puesto que un maestro ocupa en la extensísima escala de las personas á quienes se da dinero á cambio de un servicio; personas que ella, por ignorancia, igualaba y confundía; como el salvaje que no sabe diferenciar una cacerola de un barómetro. Por esta razón, luego que hubo oído á la señora Falbrizio explicar sus propios errores, aunque la maestra, para lisonjearla, fingía tomarlo á risa, y aún cuando ella misma no comprendiese las cosas en toda su delicadeza, experimentó, sin embargo, remordimientos y vergüenza, como cumplía á su carácter naturalmente sencillo y benévolo, y determinó reparar el daño hecho á cualquier costa. El maestro fué á la casa con verdadero disgusto, pensando en que habría de pasar por delante de los criados, que acaso estaban enterados de todo, y que se reirían de su vuelta de doméstico rehabilitado; pero mirando por la verja del jardín y no viendo á nadie, se animó; la servidumbre estaba cenando; los niños se hallaban en las habitaciones de arriba con la profesora de piano. Emilio, apenas hubo penetrado en el jardín, vió salir del pabellón á la

señora, que fué á su encuentro tendiéndole la mano, algo ruborizada, y mirándole con ansiedad:

—¡Ah! ¡*señol maestro!*—le dijo,—he tenido un disgusto tan *glande!*... un *veldadelo, veldadelo* disgusto; puede usted *cleelme*.

Pero no sabía hallar palabras con que disculparse, y en verdad no las había: no era posible entrar de lleno en aquel asunto sin mortificar y ofender otra vez al joven. Para ganar tiempo y discurrir alguna frase, le hizo entrar en el pabelloncito y sentarse en un diván de paja giratorio y de espalda á la luz rojiza del sol poniente cuyos rayos penetraban por entre las tablillas de las persianas cerradas. Una vez allí, la señora comenzó á enredarse en un mar de palabras que nada significaban, ó significaban demasiado, volviendo á comenzar cien veces:

—Un *veldadelo* disgusto... *cléame usted!*... ¡Si yo hubiese podido *figuralme!*... *Pelo* calcule usted si podía yo con intención... á un joven sabio y educado como usted... Yo no sé dónde tenía mi cabeza cuando... Usted también lo ha entendido mal todo... En fin, *peldóneme* usted. Aunque usted me diga que tengo la cabeza á *pájalos*, no puede *consentil* que suponga... que he faltado. A toda costa es *necesalio* que me *peldone*, que me *asegule* usted que juzga todo lo sucedido como una equivocación, y que es usted como antes y *selá siempre nuestlo* amigo. ¿Me lo *asegula* usted?

Y para ver bien en el semblante del maestro si conservaba todavía señales de enojo, clavó la señora tan cerca de los ojos de Emilio los suyos de miope, que las últimas palabras entraron al joven por la boca antes que por los oídos, y sintió al propio tiempo tan delicioso aroma, mezcla inefable de perfumes de flores, de ropas nuevas y de mujer joven, que experimentó escalofrío desde los pies á la cabeza. Perseverar en su rencor habríale sido muy difícil y le parecía ya locura pretender una reparación más explícita.

—Se lo aseguro—contestó, echando un poco hacia atrás la cabeza y sin saber dónde colocar las manos.—Por mí todo queda olvidado, y sólo siento haber causado á usted un disgusto.

Pero por mucho que buscaba algunas otras palabras,

mirando fijamente un lazo de seda que se destacaba entre las rodillas de la señora, en su primoroso vestido negro, no las hallaba, y se sentía enojado consigo mismo por parecerle que se había dejado convencer de una manera algo pueril, después de tanta indignación.

La señora manifestaba entre tanto vivamente su alegría:

—Me ha quitado usted—le decía,—un peso de aquí, —y señalaba el corazón.—¡Estoy muy contenta! ¿Y *vendrá* usted aún á *dal* alguna lección al niño, *veldá*? Aún estamos aquí unos cuantos días. También el niño se disgustó mucho de que usted no viniese. *vendrá* usted, ¿*veldá*?

A esta solicitud ya prevista, Emilio estaba firmemente resuelto á contestar que no; pero con aquellas súplicas sintió en su rostro un aliento tan ardiente y tan perfumado, un crujir tan enloquecedor del vestido de seda entre su mano izquierda, que en lugar del *no* terminante y escueto que llevaba preparado, respondió en tres veces:

—Verdaderamente no sé... ya veremos... vendré...

La señora empezó á palmotear. Y siguió diciendo, sin dejar de mirarle á los ojos y con la sonrisa de quien solicita un favor:

—Y entonces, ¿usted *tomará* lo que ha *lehusado*?

—¡Otra vez el dinero!

Esta vez el joven no pudo menos de reír; ella rió también, aunque sin comprender el motivo, opimiendo de tal modo su pecho contra el brazo de Emilio, abriendo tan sinceramente sus carnosos labios de recién nacida, que todo fué una sola cosa para Emilio notar que su compañera tenía una muéla orificada, ver que el pabellón le daba vueltas y sentir en medio de la obscuridad la dulzura infinita de aquel labio inferior que él había mordido suavemente. Oyó bien, en medio de aquel espantoso desorden en que veía todas las cosas, un vigoroso grito: ¡*Maestlo!* pero era más de sorpresa que de enojo... y llegaba muy tarde.

¿Son cosas éstas, pues, que también acontecen á «los parias del abecedario?» Este fué el primer pensamiento de Emilio, *post deinde*. La situación en que quedaba el uno respecto del otro después de aquella

entrevista, pareció al maestro, novicio todavía, tan extraña, que al salir del pabelloncito miró á hurtadillas á la señora con inmensa curiosidad, como si esperase ver en ella á otra persona. Pero no; tenía la señora el mismo aspecto de siempre, un poco más animado el rostro, como si hubiese dado una vuelta al jardín algo de prisa; y miraba en rededor con los ojos entornados, si había por allí alguna persona. ¡Fatalidad! En el cancel se hallaba la señora Falbrizio; estimulada por irresistible curiosidad de saber cómo terminaban las cosas, había ido, so pretexto de llevar á la doncella un paquete de agujas. La señora fué hacia ella con naturalidad y desenvoltura, y el joven procuró serenarse apresuradamente; pero vió que la mirada brillante de la maestra se fijaba en su cuello; empezó á palpase de pronto maquinalmente su corbata de seda negra, y encontró el lazo deshecho. ¡Maldición!

—Señor Ratti—le dijo la maestra acompañando sus palabras con una sonrisa diabólica.—¿Sabe usted que ha muerto de un accidente el alcalde de Azzorno? Ahora mismo ha traído la noticia el empleado del catastro. Pero ¡bastante le importaba al joven del alcalde y de su accidente! Durante toda aquella noche la imagen de su corbata negra con el lazo deshecho, se extendía como una franja de luto á través de sus recuerdos de color de rosa; parecíale ver escrita allí una amenaza indefinida, que él no conseguía leer bien, pero que por eso mismo le inquietaba. Sólo al día siguiente se reprodujo sin mancha alguna el recuerdo más vivo, más risueño que en toda la noche anterior y lo impulsó hacia la quinta... curioso, impaciente, palpitante, resuelto como el ladrón que va á ver en su escondrijo si está allí todavía el tesoro que ha robado. En la puerta del jardín se detuvo como avergonzado viendo al jardinero:

—¿La señora?

La contestación fué una puñalada. La señora, llamada por un telegrama de su marido, había salido al medio día para Turin, con el niño y todo su acompañamiento, para no volver hasta el año siguiente. ¿Quién habría dicho á Emilio Ratti, dos días antes, que al oír tal noticia había de sentirse entristecido y humi-

llado como por la traición de una persona amada de muchos años? Solo, con la cabeza baja, dolorido de alma y de cuerpo con aquellas memorias que poco antes le embriagaban, volvió á casa oprimido por tal espanto de su soledad, que no bien entró se asomó al terradillo y estuvo esperando allí á su vecina, con el alma angustiada, dominado por la necesidad imperiosa de recobrar ánimo en su bondadosa compañía y de colocar á su amiga del corazón entre él mismo y aquella imagen, como para ocultarla á su pensamiento y aquietar los sentidos excitados con aquel sentimiento dulce, puro y honesto. Cuando Faustina apareció, saludóla el joven con expansión vivísima, con una mirada y con una sonrisa casi suplicantes, tendiéndole la mano. Pero la maestra no le dió la suya, y le miró muy friamente. Una sospecha le iluminó de pronto; la corbata, la señora Falbrizio... ¡Ah! No había que dudar; la señora Falbrizio lo había contado todo. ¿Qué podía decir á Faustina? ¿Cómo salir de aquella situación? Mientras Emilio buscaba las palabras, Faustina le dijo lentamente mirándolo:

—¿Ahora da usted lecciones en los kioscos, verdad? Movié tristemente la cabeza, y se alejó sin saludarle.

EL CAMARADA LABACCIO

Emilio quedó así con dos heridas en el alma; consolábale, sin embargo, un pensamiento: el de que el enojo de su amiga sólo podía nacer de un sentimiento de celos, y éstos de un principio de amor; en esta creencia comenzó á esperar que, desvanecidos los unos, aparecería el otro. Pero esperó en vano. Transcurridos algunos días, la maestra volvió á dirigirle la palabra, pero no ya lo mismo que anteriormente; más de tarde en tarde, con una expresión como de repugnancia que no consiguiese ocultar, y con un tono como de amistad burlada y suspicaz, huyendo casi con desagrado toda conversación de naturaleza íntima y afectuosa. Cuantos esfuerzos hizo para que Faustina tornase á la intimidad de antes, fueron inútiles, y al cabo de cierto tiempo, desanimado ya, renunció á intentarlo. Conociendo como conocía la increíble firmeza de la joven, se convenció de que había caído de una manera irreparable en su estimación, y que ya no podía esperar nada. Volvió á encontrarse solo como un muerto en aquella casa, y volvió á ser víctima de las negras tristezas que le habían lanzado á la taberna, y que acaso le habrían vuelto á lanzar ahora si no le hubiese detenido la buena amistad de la señora de Samis y de su marido á quienes seguía visitando; si bien no tan á menudo como antes. Afortunadamente para el joven, vino á distraerle un suceso de poca importancia; pero que lo encarriló, si así puede decirse, en otro orden de ideas.

Habíase puesto á la mesa cierta mañana para despachar su no muy suculento almuerzo, cuando la anciana que le servía de criada entró á darle una tarjeta de visita, en la que el joven leyó con sorpresa agradable: «Juan Labaccio, maestro de instrucción prima-

ria, premiado con mención honorífica por la Sociedad de Socorros Mutuos de profesores italianos, individuo de la Sociedad de beneméritos de Palermo.» Cinco años hacía ya que no lo veía. Cuando Emilio se lanzaba á buscar á su amigo á la meseta de la escalera, su camarada de la Escuela normal aparecía en la puerta.

El joven le abrazó y le besó; Labaccio recibió abrazos y besos sin alterarse, y después le preguntó con la mayor tranquilidad, y como si se hubiesen visto el día anterior.

—¿Cómo estás, Ratti?

—¡Ah! ¡Eres siempre el mismo!—exclamó Ratti, riéndose y mirándolo, al propio tiempo que, cogiéndole una mano, le atraía al centro de la habitación.

La aparición de su antiguo discípulo arrojaba de su mente las ideas melancólicas y casi le quitaba un lustro de encima.

El compañero, efectivamente, no había cambiado mucho; estaba más grueso, y parecía más reposado en sus movimientos; pero llevaba su cara sin barbas, y tenía, como antes, y más que antes, aquel aire de excelente prior de un convento, vestido con pulcritud suma y con el pescuezo prisionero en un cuello muy almidonado y muy tieso, que le obligaba á tener siempre erguida la cabeza.

Como Emilio se había figurado cuando lo vió, Labaccio había ido al valle con motivo de la muerte de su tío el alcalde de Azzorno, y desde allí, luego de terminados sus negocios, había hecho una escapatoria para ver á su discípulo. Este le dió el pésame, es decir, comenzó á dárselo; pero Labaccio le interrumpió con un gesto de resignación tan tranquila, que Emilio juzgó excusado continuar. De pronto, y sin hacer caso alguno de las reiteradas negativas del forastero, dió Emilio orden á la criada para que bajase á toda prisa á comprar algo, porque á toda costa quería que comiese en su casa.

—Querido Ratti—le dijo su amigo levantando á la par y con lentitud ambos brazos, como dos astas movidas por un solo mecanismo, y poniendo un instante las manos extendidas en los hombros de Emilio; me regocijo viéndote tan bueno,

Arreglóse luego el lazo de la corbata, y después de haber echado una ojeada sobre el asiento de una silla, se sentó, levantándose antes con ambas manos los pantalones para no hacerse rodilleras, y los faldones del gabán para no ajarlo.

La primera media hora de conversación fué como un concierto entre una campanilla eléctrica y una campana que da y repite las horas: Labaccio solamente contestaba á una de cada diez preguntas que le dirigía su amigo, y éste con un raudal de palabras á todas las de Labaccio: cuando Emilio hubo contado, á grandes rasgos, sus aventuras, el huésped movió dos ó tres veces la cabeza como para reflexionar. Ratti le dijo que había tenido noticias suyas por Carlos Lérica, el ex granadero.

—Carlos Lérica—respondió Labaccio,—debe de haber tenido últimamente disgustos en Badolino. Me parece haber leído algo de esto en «La Literatura Educativa», que es un periódico excelente, si bien no recuerdo ahora los pormenores. Pero estás tratándome con cumplimientos—agregó echando una mirada de regocijo á la mesa, en la cual ponía la criada los entremeses obligados de rábanos y manteca—y esto entre nosotros no está bien.

Emilio se distrajo mucho, tornando á ver en la cara de su convidado la antigua mueca de refectorio, que consistía en un alargamiento sensual de los labios, acompañado de una contracción rápida, como de hocico de conejo, que Labaccio solía hacer cuando colubraba la comida. Dijole después alegremente:

—A la mesa, querido Labaccio; hablaremos de Carlos Lérica y de todos los antiguos amigos, pero antes tienes que acabar de referirme tus aventuras.

Sentáronse, efectivamente. Labaccio tenía poco que contarle. Ya Lérica debía de haberlo dicho que desde su primer nombramiento, Labaccio había permanecido siempre en Stalora del Po, donde se hallaba perfectamente. Ya había renovado su contrato para el segundo «sesenio» (1). No podía haber empezado mejor. Muy

(1) La Academia Española, que da cabida en su léxico—y á mi juicio hace bien—á los vocablos bienio, trienio, quinquenio y decenio, no incluye,

de veras habría celebrado que su amigo Emilio Ratti hubiese tenido la misma fortuna.

Ratti le atajó la palabra para felicitarle por su mención honorífica.

—Me propuso el provisor real de Turín—dijo aliñando la salsa para los pimientos. Los premios eran veintitrés, adjudicados á los maestros rurales de los veintitrés distritos del Reino. Yo no lo esperaba en manera alguna, como que soy el más joven de los agraciados, los cuales son viejos casi todos, y no sé realmente á qué atribuir... si no es ya que tuviesen en cuenta... Asistían á la distribución su alteza el duque de Aosta, su excelencia el Ministro... el presidente de la Junta consultiva... ¡la mar de personajes! El excelentísimo señor Ministro añadió á la mención honorífica un título de la Deuda de cinco pesetas de renta.

—En fin—le dijo Ratti,—que estás contento.

—No estoy contento—respondió su amigo,—me contento. Hay mucha diferencia. Pero ¿por qué,—le preguntó al cabo de un rato,—no haces cocer estos pimientos colorados?

Y le explicó de qué manera se cocían.

Poníanse primeramente á tostar en las brasas sobre su parte más carnosa; dejábanse allí hasta que estaban completamente negros y habían soltado toda el agua; se mondaban después, se cortaban en tiritas muy delgadas longitudinales, y así, sazonados después con aceite, pimienta y sal, estaban exquisitos; parecía que se comían rebanadas de ternera de la más escogida.

—Pero tú—dijo Ratti reanudando la conversación interrumpida,—te contentas porque has comenzado bien. ¡Ay! si hubieras chocado con algunos tipos de alcaldes, de curas, de superintendentes... Amigo mío, permíteme decirte que, salvando excepciones honrosas, hemos escogido una ruin carrera.

—Sí, ciertamente—replicó el amigo con gran come-

acaso por olvido, la voz «sesenio»; pero no he vacilado en usarla, convencido de que, en todo caso, no merecerá excomunión mayor este pecadillo venial.

(N. del T.)

dimiento;—una ruin carrera. Pero déjame también que te diga... no me refiero á ti, pór supuesto. Quiero decir, que mucho consiste también en saber arreglarse. Los maestros dicen, dicen, y no acaban. Tienen mucha razón. Pero seamos justos; tú mismo lo habrás visto: hay entre ellos algunos que no están en lo verdadero. ¡Se presentan en los Ayuntamientos con unas ínfulas!... A la más insignificante contrariedad levantan una polvareda, que ni que se hubiera ofendido en su persona al excelentísimo señor ministro de Instrucción pública, á la nación, á... ¡qué sé yo! ¡Vaya, vaya! En este mundo es menester un poco de humildad, sobre todo para ser maestro de escuela; si no... no se vive.

—¡Ah! ¡Cómo se ve en ti al hombre que ha principiado bien!—exclamó Ratti.—¡A la «contrariedad más insignificante!» ¿Y cuando te hostilizan todos, y por muchos meses arreo te calumnian, y perturban la clase y quieren ponerte en la calle?

—Pero, amigo Ratti, yo no hablo de estos casos. Hablo en general. En general, digo también, donde hay caracteres discolos, autoridades hostiles, con un poco de tolerancia, con buenos modos... pueden evitarse muchos, muchísimos sinsabores. Puedo citarte, entre otros, por ejemplo, lo que á mí me ocurrió con el cura, que me parecía algo prevenido en contra mía. Pues bien: ha sido suficiente un acto; ni siquiera un acto, una idea. Con ocasión de la visita del Arzobispo nació en mi ánimo el pensamiento de aconsejar al cura que hiciese traer de la capital del distrito una cuba regadera, y la llevasen delante de la procesión para que Monseñor no experimentase molestia con el polvo. Se encontró una. El Arzobispo felicitó al cura, y el buen hombre se cambió para mí como por ensalmo. ¡Bah! ¡Se necesita tan poco para conquistar la amistad de los curas!

—¡Según sean los curas!

—Al mío me refiero. En Stalora, verdaderamente, en lo que respecta á los clérigos, no podemos quejarnos. Hay muchos que son maestros en la comarca. Son excelentes maestros. Procede esto de que en el distrito hubo seguidamente dos Obispos que eran la flor y

nata de los sacerdotes y de los hombres instruidos; muy estimados, muy queridos y de gran influencia en los Ayuntamientos. Estos Obispos atraieron muchos maestros curas, dejando legados á favor de la instrucción religiosa. El sacerdote, amigo Ratti, cuando es profesor permanente en un pueblo, es buen maestro. Los hay vagabundos que valen poca cosa; porque si cambian, significa que han tenido dimes y diretes con el Obispo en otra parte. De esos no tenemos nosotros.

—Es decir, que para ti marcha todo perfectamente. Pero celebraré yo saber cómo te las compones en lo relativo á la enseñanza religiosa. Para mí el escollo es éste.

Labaccio se puso serio.

—Yo—dijo,—respeto la religión. Sabes... que he tenido siempre mis principios. En mi opinión, el maestro debe ser, ante todo, el padre espiritual de sus discípulos. Sin religión ¿qué quieres que te diga? me parece que es imposible cultivar las inteligencias infantiles...—y continuó lentamente y mirando á Emilio, para ver si este sospechaba que sus frases eran robadas—como no se logra que fructifique la tierra sin el sol. Yo, te lo digo francamente, hago rezar á mis alumnos por mañana y por tarde.

—El cura estará muy contento—dijo Emilio.

—El cura es muy amigo mío. Además, le debo atenciones. El es quien me ha puesto en camino de aprender un poco de latín; tanto, que ya doy algunas lecciones. Justamente estoy ahora explicando el Epítome á varios campesinos jóvenes que quieren seguir la carrera eclesiástica. Y sabes... continuó siendo metódico, como en la escuela. He señalado tres cuartos de hora de estudio al día, ni un minuto más, ni uno menos, todos los días del año.

Aquella fracción de hora hizo sonreír á Emilio.

—Resumiendo—le dijo:—tú tienes tiempo para todo.

Congratulóse con él, tanto por esto cuanto por lo que Lérica le había dicho sobre haber llegado Labaccio á ser el hombre «indispensable» en el pueblo.

—Me arreglo como puedo—respondió Labaccio,—sin hacer caso de la chanza.

Y entre un bocadito y otro bocadito, refirió sus «gestas»

á Emilio. Había promovido la fundación de un Círculo de funcionarios y artifices, con juegos lícitos, tertulia y periódicos; había logrado reconstituir la banda de música del pueblo, banda que obtuvo el segundo premio de primera clase en el concurso de Bra; además de esto, había enseñado, durante tres años, el dibujo, y sus alumnos habían hecho acuñar, para él, una medalla con su nombre grabado en una de las caras; en aquellos días mismos estaba ocupándose en preparar una serie de conferencias sobre Agronomía, estudiando en los manuales y en el «Boletín agrario», porque aún había mucho que enseñar á los aldeanos, sobre todo en la elaboración de los vinos y en la conservación de las frutas y de las semillas. Pero lo que le había conquistado más influencia había sido una inscripción caligráfica, hecha por él, con motivo de la muerte de Victor Manuel, por encargo de cierto Conde de la comarca, quien la había fijado en la fachada de su palacio, como cuadro, en medio de un trofeo de banderas enlutadas y de fusiles antiguos de la Guardia nacional.

En todo el curso de su perorata, siempre que Labaccio mencionaba á las autoridades, decía respetuosamente: «mi alcalde, el caballero Lotti; el delegado, doctor caballero Bellini; el superintendente, ingeniero y caballero Calossi»: no olvidándose de un solo título ni de una cruz. ¡Ah! ¡Labaccio era efectivamente lo que ya prometía ser desde que andaba á la escuela! Emilio le contemplaba con aquella sensación de complacencia con que se ven las previsiones realizadas. El convidado hablaba siempre con el mismo tono de voz; siempre con los ojos clavados en la mesa; atareado, mientras hablaba, en poner sal, en poner pimienta, en partir el pan de cierto modo, en sacudir las migajas, en colocar las cosas en su sitio, en atarse bien la servilleta que se había puesto al cuello, hacíalo todo con mucha calma; y cuando, al oír cualquier pregunta de su amigo, alzaba la cabeza, mirábale, no á los ojos, sino al lazo de la corbata.

—¡Dichoso tú, y bienaventurado!—exclamó Ratti.—¿Y el pueblo?

—El pueblo—respondió Labaccio,—es un buen pueblo.

He tenido la fortuna de hallar familias que me auxilian en el desempeño de mi cargo... Y también, á propósito de esto, repetiré las indicaciones que antes apuntaba. Hay maestros que no saben manejarse; que, por ejemplo, aprovechan las discordias locales para ponerse del lado de unos ó del lado de otros. Error, amigo mío, error *de-plo-ra-ble*. Yo no procedo así, antes bien procuro pacificarlos; y puedo vanagloriarme de haberlo conseguido. Dicen: «el maestro en los Municipios es el apóstol de la civilización»; yo diría: «y también de la paz»; y aún de la paz principalmente. Es necesario que sepa manejarse. Hay maestros que, *verbi-gratia*, aceptan una comida de los de un bando y la rehusan de los de otro, temerosos de disgustar á los primeros. Pues bien; ese es un rasgo de debilidad, por no decir de rebajamiento de espíritu. Yo sostengo que el maestro ha de sostenerse muy por encima de esas divisiones de partidos, y no dar preferencias á ninguno. Por esta razón yo acepto los convites de los unos y los de los otros. El principal deber de un maestro es hacerse agradable á las familias. El maestro que con las familias tiene disgustos, nunca podrá hacer cosa de provecho. Por consiguiente, mi máxima es: nada de desazones, nada de piques con nadie, ni por ningún motivo. Si tengo en mi clase, supongamos, al hijo del alcalde y al del superintendente, no los coloco, en manera alguna, los primeros por consideración á sus padres; pero tampoco sigo el sistema insensato de algunos maestros, que en seguida sueñan con presiones y corrupciones, y para mostrar independencia de carácter, los echan al banco del burro... Por otra parte, las autoridades son hombres también, y no es juicioso pretender que prefieran los hijos de otros á los suyos. ¡Majaderías!

Al oír esto, Emilio Ratti no pudo dominar su despecho, y le dijo:

—¡Oh! querido amigo, hablas divinamente. Eres el ave fénix de los maestros, y has ido á dar con el ave fénix de los Ayuntamientos. Pero para mí, y para la inmensa mayoría de los compañeros de oficio, hay dificultades, y muy duras, y de todas clases; y la existencia es triste y lastimosa. Aunque sea persona

bellísima y de buen carácter, y cumpla perfectamente con su deber... veo que incesantemente, de continuo, se cometen injusticias y atropellos; que el maestro no halla protección nunca; que por todas partes se oyen sus quejas, y que hay centenares de maestros que no comen lo suficiente, y muchos que se mueren de hambre. ¡No puedes de ningún modo negarme estas verdades!

—No las niego—replicó con dulzura Labaccio;—pero, créeme, Ratti, se exagera.

—¿Se exagera? ¿En qué situación se encuentran los otros maestros, en los pueblos próximos al tuyo? Supongo que conocerás á algunos.

—Los he conocido. Pues bien... se encuentran, por lo general, en situación próspera. A uno de esos que conozco y que ha caído enfermo, le han llevado los aldeanos hierbas medicinales de todos géneros, grasa de caballo... Créeme, no hay todo el mal que dicen. Pero no es ésta la cuestión. Digo que hay sinrazones por la una parte y sinrazones por la otra. ¡También hay maestros! ¡Por Dios! no hacen más que lamentarse; y dale con la bendita retribución, y vuelta á llorar lástimas. Acaban por hacerse odiosos. Ellos son los que, á fuerza de gritar que se mueren de hambre, desprestigian la profesión. Han llevado ya las cosas á tal extremo, que las gentes, al ver venir un maestro de escuela, retroceden como si vieran el espectro del conde Ugolino. Escriben en los periódicos, amenazan... Parece que en el mundo no hay para ellos ni caridad, ni justicia... Yo sigo paso á paso esos pleitos... copio en un cuaderno las sentencias de los Tribunales y los dictámenes del Consejo de Estado, y veo que suele dar muy buenas lecciones. Pero ¿qué haces ahí?

Y diciendo y haciendo, quitó á Ratti la ensaladera de las manos para alinear la ensalada, afirmando que Emilio no sabía hacerlo. Expuso entonces su teoría acerca de las dosis de los varios ingredientes, mostrándole cómo se había de revolver la ensalada para que no saltase el aliño; pero él mismo retrocedió con silla y tald para huir de una hoja que saltó fuera de la mesa.

—¡Te reconozco!—le gritó riéndose Ratti.— Sigues

siempre teniendo más miedo á una mancha que á un pistoletazo.

—Amigo mío—respondió Labaccio plácidamente:—¡si no cuidásemos de nuestros vestidos los maestros!... ¿Sabes cuántos años tiene este gabán?... Cinco años, y todavía no está vuelto. ¡Bah! Y si no fuese por esa locura de la gimnasia obligatoria, aún podría tirar bastante tiempo.

—Vamos—le dijo Ratti;—son tacañerías. Apuesto á que tienes ya ahorrado un capitalito.

Labaccio se encogió de hombros. ¿Cómo podía haber ahorrado? Esperaba, no obstante, empezar al año siguiente, porque debían aumentarle la asignación. Con este motivo elogió de nuevo al alcalde, caballero Lotti. El alcalde le había aumentado el material de la escuela; hacía que le pagasen por la escuela nocturna, á más del sueldo del Gobierno, ochenta pesetas, y por último, le había prometido unos terrenillos en que hacer un «campo modelo» para la escuela práctica de agronomía.

—Entonces, cállate, Creso—le dijo Emilio, sintiendo un tanto la picazón de la envidia; tú los ves á todos alegres, porque has encontrado la cucaña. Gózala, corriente; pero compadécete al menos del que necesita escatimarse el pan, y no ensalces una profesión que es la peor entre todas las profesiones. Baste decir que en las demás todos esperan y procuran elevarse, que es lo que da fuerza y estímulo para ir hacia adelante; solamente en la nuestra nadie aspira á otra cosa que á no caer, que es todo lo más que puede esperarse. Con esto está definida la profesión.

—Mejorará—respondió Labaccio bebiendo.

—Mejorará para ti—dijo Emilio;—de eso estoy muy seguro.

Y acordándose entonces de la broma de Lérica, continuó:

—Entre tanto te casarás con una muchacha que tenga cincuenta mil pesetas de dote.

Labaccio lo miró estupefacto, y respondió un poco turbado.

—No es una muchacha.

—¡Ah! He acertado, pues—exclamó el joven muy

alegre con aquel inesperado descubrimiento.—Muchacha ó no, tendrás mujer, y con el riñón bien cubierto; tenía yo razón.

Labaccio paró un tanto enojado por haberse dejado coger en el lazo; pero ya podía decirlo todo. Sí: hacía ya tiempo que se andaba en negociaciones para el matrimonio; la boda había tenido que aplazarse... El convidado no se determinaba á decir que para casarse había esperado el fallecimiento de su tío.—Era una señora viuda... una de las fundadoras del Asilo, cuya secretaría desempeñaba él gratuitamente desde el año anterior. Extendióse en alabanzas de la educación distinguidísima, del excelente carácter de su novia, la cual tenía una instrucción sólida y un ingenio que atraía.

—Y tendrá alguna otra cosa que atraiga...—dijo Ratti.

Aludía á la dote; pero su amigo, figurándose que se refería, con suspicacia maligna, á la juventud y á la hermosura, de las cuales la primera ya no existía y la segunda nunca había existido, se ruborizó un poco. Aparentó, sin embargo, dar á las palabras de Emilio la significación que realmente tenían, y contestó:

—Sí, ciertamente; tiene alguna hacienda... No hago mala boda.

Y para vengarse de lo que él suponía una estocada de Emilio, dijo:

—Quizá ella no se hubiese decidido si yo fuese uno de esos maestros que están siempre llorando lacerias como los mendigos.

El joven comprendió perfectamente, y resentido del epigrama y encolerizado asimismo al reconocer en esta nueva prueba que todo, hasta el matrimonio, era puro cálculo en aquella complicada cabeza de buen hombre falsificado, le dijo con alguna acritud:

—¡Ah! Ahora comprendo, amigo mío, que harás carrera. Posees cuanto has menester para ello. Te veo ya concejal de tu Ayuntamiento; tomarás después una toga de catedrático; luego llegarás á ser representante de la provincia, después diputado... Y entonces tú no renegarás de nosotros, como muchos han renegado. Te acordarás de tantos antiguos camaradas que no han

sabido sacar dinero de sus títulos y han permanecido en el lodo, cumpliendo humildemente su obligación. Propondrás, á lo menos, que se fije el «mínimum» en mil pesetas. Tienes buen corazón; y dirás en tanto que trinches tus faisanes: ¡Ea! procuremos dar un poco de vaca á esa caterva de hambrones, de quienes he logrado separarme, gracias á mi ingenio.

Dicho esto, Ratti calló, temiendo haber ofendido á su huésped; pero Labaccio, mientras removía el café con la cucharilla, respondió con la mayor suavidad:

—Justamente un «mínimum» legal así, de mil pesetas, me ha parecido siempre lo que razonablemente podía pedirse... por ahora; con casa gratis, por supuesto, y arreglando mejor la ley de jubilaciones; de manera, por ejemplo, que sea de abono el tiempo empleado por el maestro en buscar una colocación cuando, sin culpa suya, haya perdido la que tenía.

Calló un instante para probar el café, y en seguida dijo:

—¿Por qué no lo mezclas con garbanzos?

Y dió á Emilio un buen consejo: que hiciese el café mezclado, por mitad, con garbanzos. Tostábanse los garbanzos, tales cuales se llevaban á casa, como los cañamones, se molían bien y se ponía aquella mollienda juntamente con el café en la cafetera. El café no resultaba peor; antes bien, adquiría un gusto particular muy agradable, y costaba cerca de dos céntimos menos cada taza. Pero era necesario usar garbanzos frescos.

Aquella salida extraña aplacó al joven, que casi se arrepintió de haber molestado á su amigo. Y tornó la conversación al tono de chanza, reanudando la relación de sus aventuras, hasta que Labaccio, consultando su reloj, dijo que era ya la hora de partir. Pidió un cepillo; se cepilló con mucho cuidado; después dió á Emilio muy expresivas gracias por su cariñoso recibimiento. Cuando estuvieron en la calle, preguntó Labaccio á su amigo qué periódico profesional leía, y le propuso que se suscribiese á otro, «La Literatura Educativa», diciéndole que era más barato y que daba mayor amplitud á la sección didáctica; y como Emilio rehusase, insistió el otro, con-

fesándole sinceramente el por qué. El mencionado periódico servía una suscripción gratuita al que le proporcionaba siete suscripciones: él no había proporcionado aún más que seis; ¿por qué Emilio no había de darle ese gusto?

Delante de la posada le esperaba un coche. Labaccio subió, cuidando mucho de no mancharse los pantalones.

—¿Cuándo volveremos á vernos?—le preguntó con su cordialidad natural Emilio Ratti, que en aquel momento sólo veía en Labaccio al antiguo discípulo.

El forastero le dijo que esperaba volver á verlo en uno de los próximos Congresos pedagógicos, ya en Milán, ya en Turín.

—No tengo gran esperanza de asistir—respondió Ratti.—De todas maneras, siempre me alegrará el verte. Buena fortuna, y acuérdate de mí.

Y estrechó con fuerza la mano gruesa é inerte de su amigo.

El cual, en el momento de partir el carruaje, dijo á Ratti, muy tímidamente:

—A su debido tiempo te enviaré la participación del matrimonio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

UN COLEGIAL EXTRAORDINARIO

La visita de Labaccio dejó en Emilio ese disgusto de la situación propia que en los hombres de delicadeza y no muy afortunados deja el espectáculo de las prosperidades de un colega poco escrupuloso. Ese disgusto fué causa de que renaciese en el ánimo del joven, más vivamente que nunca, el propósito de tentar fortuna en Turín para huir de una vez de la vida de aldea. Para hacer esto necesitaba estudiar, y estudiar seriamente; y pareciéndole que no podría recobrar en Altarana la tranquilidad de espíritu indispensable para el estudio, después de los sucesos ocurridos, que habían mermado de un modo irreparable su autoridad con los alumnos y su prestigio en las familias, adoptó la determinación de buscar otro puesto. Además, ¿qué podía ya retenerlo en Altarana cuando de Faustina Galli había perdido también la amistad, con la certeza de no poder reconquistarla, y su vecindad había llegado á convertirse en un dolor, y su vista en un martirio? Desde lejos, ya que otra cosa no lograrse, la olvidaría poco á poco. Un solo cariño lo ligaba aún al pueblo: la familia Samis; de ésta sí le sería muy doloroso separarse.

Una mañana, poco antes de ir á dar lección á sus suspensos, después de una semana que Emilio no había estado en casa de Samis, vió entrar en su cuarto al abogado, que exclamó:

—Maestro: ¡he aquí el regalo que hago á la ciencia!

Y al decir esto, hizo que penetrase en la estancia un jovencuelo como de catorce años, que se colocó delante de él y lo miró con descaro, esperando ser

reconocido. El cambio que había experimentado en un año de crecer, y el vestido casi de señorito que llevaba ahora, no le dejaron reconocerle á primera vista; pero un gesto burlón del abogado aclaró su memoria: era Generi, aquel zagalón de la escuela mixta establecida en las Casas Rojas y que había sentido una pasión por la señorita Vetti. Recordó Emilio simultáneamente el propósito de que Samis le había hablado de sacar de los campos á un muchacho de entendimiento despejado y de ponerlo á estudiar para seguir en él, paso á paso, la transformación del «animal» en «hombre», y estudiar, si así puede decirse, sobre el vivo el problema de la educación intelectual y civil del pueblo. Así era, en efecto. El abogado, después de haber tanteado á muchos, había elegido á Generi por los indicios verdaderamente notables de ingenio y de fuerza de voluntad que había echado de ver en él durante el segundo año de la escuela mixta; el padre, un pícaro embustero, había consentido, fingiendo hacer un gran favor para justificar ciertas exigencias; Samis le había llevado á la ciudad para hacer que le vistieran en casa de los hermanos Bocconi, y hecho esto, se lo llevaba al maestro á que lo preparase en un mes para los exámenes de admisión á un curso elemental en Turín; concluido lo cual, le haría matricularse en el curso técnico.

—Mírele usted bien, de pies á cabeza—dijo el abogado,—y diga si no tiene el aspecto y la apostura de un conquistador.

Fijadas las horas de las lecciones, despidieron al chico, y el abogado dijo el resto á Emilio. Había estudiado bien al sujeto y adquirido minuciosos informes antes de elegirlo. Era el tipo que él buscaba; un chico á quien, al parecer, faltaba por completo la fibra afectiva. Aquella pasión por la maestra no había sido otra cosa que una llamarada precoz de los sentidos, que se había apagado de pronto para dejar sitio á un ardor entusiástico, increíble para quien no hubiese visto las pruebas, hacia la escuela; ardor acompañado, motivado tal vez, por un aborrecimiento invencible á su condición social y á las faenas del campo. Inútilmente su padre le había vapuleado de firme en el

transcurso de muchos meses, con una regularidad de ejecutor de la justicia, para desligarle de Minerva y agregarle á Ceres; el joven había resistido con una tenacidad de acero y declarado cien veces, con la cabeza muy erguida, que se dejaría destrozarse antes que aceptar la existencia del campesino. Era hijo único; parecía que todos sus ascendientes, cansados de sudar durante siglos y siglos guiando el arado, como si hubiesen probado, por boca del joven, el abecedario, se detenían en él y protestaban por su conducto, de aquella pena hereditaria, con la fuerza de diez generaciones encolerizadas.

—Es un predestinado—dijo, para terminar, el abogado Samis,—física, intelectual y moralmente labrado para pelear y para vencer; todo cerebro y fuerza; un espíritu hecho en forma de cuña cortante, que penetrará por donde se le antoje hacer presión. No piense usted en atraerse su cariño, como no pienso yo en obtener su agradecimiento. Preveo que á la edad de veinticinco años ya escribirá un opúsculo contra mis teorías de Derecho. Trátele como á un hombre, y entretégase usted en estudiarle; yo le fío que el sujeto lo merece. Es el aldeanito de mañana.

El maestro comenzó inmediatamente sus repasos, diciéndolos muy especialmente á la lengua y á la aritmética. El muchacho era, en efecto, inteligente y pronto para el trabajo, como prometían sus ojillos azules y vivos, y Emilio tardó muy poco en conocer que, hasta en lo relativo al carácter, el juicio de Samis era acertado. Como en aquellos días había estado el alumno en Turín por la vez primera, Ratti, por vía de primer ensayo, le encargó que hiciese una composición sobre ese asunto; en el trabajo del alumno halló claridad, orden y algunas observaciones originales, pero ni una frase de admiración, ni una de esas exclamaciones ingenuas, espontáneas, que emplean los niños cuando describen un espectáculo que les ha deleitado ó conmovido. Del mismo modo en cualquiera otra composición ó discurso hablado ó carta que el alumno discurreniera ó escuchase, donde se tocaran los consabidos temas de la patria, de la religión, del amor á la familia, mostraba el muchacho que comprendía perfec-

tamente las cosas, y repetía ó condensaba con suma lucidez, pero sin que ni su mirada, ni su voz, ni un solo músculo de su rostro denunciase jamás la más insignificante emoción en su alma. Cuando le indicaban un error, quedaba pensativo; al oír un elogio, disimulaba su complacencia; hacía muy á menudo que le repitiesen una explicación para enterarse del todo, y nunca daba muestras de distraerse ó de impacientarse para que concluyesen las lecciones. Sin embargo, el maestro sentía palpitar la vida en aquel cuerpo enjuto y fuerte que todavía, á través de su traje nuevo, despedía el olor de aldeano, y aquellas manos tostadas por el sol, con los dedos de aplastadas puntas, hacían, cuando el muchacho buscaba una respuesta, un movimiento casi involuntario y febril, y que revelaba la viva agitación de su espíritu y un intenso esfuerzo de todo su sistema nervioso. Conservaba aún gestos, ademanes, inflexiones de voz del mozo que se ha robustecido en las eras y en los establos; pero parecía á Emilio que cada día dejaba uno de esos vestigios. Solamente con respecto al maestro era el discípulo igual siempre: respetuoso sin expresión alguna de cariño. Le daba los buenos días al entrar; le saludaba al salir; preguntábale á la ligera cuando se le ofrecía alguna duda, y nada más. Ganoso de sondearlo un poco, procuró Emilio en alguna ocasión echarle en són de broma una puntada relativamente á su antiguo amor por la maestría, y esperó verle ruborizado como aquella tarde en la escuela. Pero el muchacho no se ruborizó; no hizo sino encogirse de hombros, como dando á entender que era niñería aquella en la cual no había vuelto á pensar. En otra ocasión le preguntó si no temía cansarse en la carrera de los estudios, que presentaba tantas dificultades y exigía tan constantes fatigas: el discípulo movió la cabeza, indicando enérgica negativa.

—¿No te apena el separarte de tus padres?—le preguntó. Y Generi dijo:

—Están contentos... como si la cosa solamente á ellos importase.

—Sin embargo—le dijo el maestro para oírlo:—un

La novela de un maestro—Tomo II—5

día te arrepentirás de haber cambiado de sendero y tornarás á ser aldeano.

A lo cual respondió el muchacho en tono áspero y serio:

—Nunca, nunca—sonriéndose como con lástima por lo absurdo de la suposición.

Y al dar estas contestaciones erguía la cabeza y fijaba sus ojos dilatados en el horizonte lejano de la llanura, como en un campo de batalla cuyo fragor de armas oyese confusamente y cuya vista le recogijase.

Este «personaje» sirvió á Emilio de distracción grata durante un mes, transcurrido el cual experimentó gran contentamiento al poder con justicia decir al abogado que su protegido había hecho progresos admirables. Dijoselo en su hacienda, mientras comía, y en presencia de los comensales de siempre, el día antes de su partida á Turín, y comprendió que le había complacido mucho, tanto más, cuanto más frecuentes eran las bromas que, de algún tiempo á esta parte, le daban sus amigos por lo que, según ellos, era extraña idea de fabricar un hombre más, con harina de arroz, cuando los había ya en tan gran número en las clases aldeanas, de estuco y que se vendían al peso. El abogado se aprovechó de las noticias del maestro para replicarles y endilgar su última perorata de aquel verano. Sí; podían reír mientras los muchachos como aquel fuesen una excepción, porque era realmente excepcional que un mozo del campo ó del taller pudiera emprender el camino del estudio. Pero no se reirían sus hijos cuando de reforma en reforma, de concesión en concesión, se llegase á lo que era ineludible, á la consagración del derecho de todos, no solamente á la enseñanza primaria, sino á la cultura, que abría todos los caminos á los niños de todas las clases sociales. Entonces verían lo que significaba, para los llamados hombres de ingenio por las antiguas clases privilegiadas, la concurrencia de todos los talentos nuevos que se revelarían en doce millones de hombres excluidos hasta hoy del concurso.

—Ahora—dijo,—ya se lamentan ustedes de ser muchos y de tenerse que comer los unos á los otros; pero cuando realicen su irrupción en los estudios y

se lancen al asalto de las alturas sociales los hijos de las generaciones ignorantes, con apetito más formidable que los vuestros, porque está aguzado por siglos enteros de ayuno, con fuerzas cerebrales vírgenes y lozanas, con un vigor de espíritu proporcionado al vigor físico; más originales, más tenaces, más ricos de memoria que vosotros, ¿qué podrán contra ellos vuestros hijos, que habrán heredado de vosotros el cansancio intelectual, la tendencia al suicidio por una niñería, el cigarro á los diez años de edad, las ambicioncillas ruines llenas de afañes y vacías de fuerza, y mil dobleces viciosos y refinamientos bizantinos de la inteligencia y todas las miserables dolencias nerviosas originadas en el abuso de la «vida á toda presión?» Ya veréis entonces, vosotros que creéis ahora hereditarios y vinculados en las clases medias el talento y las aptitudes para las ciencias y las letras, cómo se abrirán amplio camino esos aldeanillos anchos de espaldas y duros de puños que llevarán á los estudios el soplo nuevo de los campos y de los talleres. Será aquella la bajada de los bárbaros jóvenes y sedientos de cultura á las escuelas corrompidas de la decadencia, y pasarán por encima de vosotros. Mientras eso llega, envío yo un soldado más á la vanguardia.

Y para poner el sello á su peroración, llamó al muchacho, que se paseaba por el jardín.

La aparición de aquel lugareño disfrazado con traje de señorito, y presentado, después de aquel discurso, como una amenaza para las clases medias y como un futuro regenerador de la ciencia, produjo una carcajada unánime y ruidosa, que acabó de exasperar al abogado.

—Reid, reid—gritó;—vuestros hijos no reirán.

Y al decir esto, tendió al mozallón una copa de vino; éste, después de haber dirigido en torno suyo una mirada clara y penetrante, vació la copa de un solo trago, como un hombre, lo cual produjo otra carcajada.

—¡Así serán ustedes devorados!—gritó el abogado en són de triunfo.

Y riendo todos, se levantaron de la mesa.

MARCHA RESUELTA

Aquel fué el último día bueno que Emilio pasó en Altarana. Sin embargo, los augurios atrevidos del abogado Samis, reforzados por el ejemplo de aquel muchacho extraordinario, que le inculcaba el pensamiento de una lenta ascensión conquistadora, realizada por la clase á la que el joven creía pertenecer, añadió combustible á su ardiente ambición de cambiar la fortuna, y estimulándole para estudiar, contribuyó á hacerle más llevadera, por algún tiempo, la vida monótona y triste, que tornó á comenzar al reanudarse las explicaciones. De forma que, unido á ese alivio, la actitud de paz armada, pero sin amenaza de próxima guerra, en que se presentaban el alcalde y las autoridades del Ayuntamiento, habría tal vez renunciado á realizar sus propósitos de trasladarse á otro punto si no hubiese venido para ratificarle en él un invierno propio de las regiones polares, que tuvo al pueblo casi sepultado bajo nieve durante tres meses. Agregóse á esto de la crudeza del invierno otra razón de importancia escasa, pero que influyó mucho en la imaginación de Ratti. Recibió éste, á mediados del mes de Diciembre, precisamente en lo más crudo de una enorme nevada, un número de «El Maestro Elemental», con un artículo firmado *Sarda*, fechado en Brilla (Liguria); en ese periódico aparecían escritas con lápiz, al pie del artículo, estas palabras: «Hasta que nos veamos en Pinerolo este verano: la prima.» Y el artículo, de cuya lectura dedujo Emilio que su prima explicaba allí desde el principio del año académico, era una tan apasionada y tan agradable pintura del suavísimo invierno de las riberas del Poniente, parecido á un larguísimo otoño, con niños descalzos y alegres, con escuelas doradas por el sol y rodeadas de

follaje, con los huecos de las ventanas cortados por horizontes de mar... que, al leerlo, se exacerbó en su espíritu el odio á los inviernos horribles de los Alpes, y esto fué lo que, por último, le decidió á enviar su solicitud de ser admitido á un concurso para una plaza de maestro de Camina, pueblo del llano; plaza de maestro que Ratti veía anunciada hacía ya un mes en su periódico profesional. El artículo tenía un solo punto negro; hablaba la autora, entre otras varias cosas, de ciertas lugareñas que, pasando una mañana cargadas de leña bajo las ventanas de la clase, habían levantado la cabeza y gritado en són de lamento: «¡Ah! ¡Cuánto nos cuestan estas maestras!» Pero, pensaba Emilio, el clima excelente, el mar, las palmeras, la compañía regocijada debían de compensarla con creces de aquellas insolencias. Nunca le había parecido el pueblo de Altarana tan triste y tan miserable como aquel año; el frío cortaba la cara; los chicos en la escuela no hacían más que soplarse continuamente los dedos, produciendo un rumor tal, que se figuraba Ratti que estaba explicando á un rebaño de focas; el joven no veía á nadie, sino al maestro señor Calvi, al cual parecía que, juntamente con los bigotes, se le habían helado en los labios los vocablos con que deseaba comunicarle sus nuevos descubrimientos. Apenas podía cruzar algunas palabras con Faustina, por la tarde, cuando daba el sol en el terradillo. Pero su padre estaba cada vez peor, y la pobre no hablaba de otra cosa, y la veía constantemente afligida. Y aunque nada decía de esto, la mayor gravedad de las dolencias del infeliz anciano, haciendo indispensable la asidua asistencia de una mujer, á la que debía pagar y alimentar la maestra, imponíale los mayores sacrificios; estos sacrificios, de los que Faustina no hablaba palabra, leíanse en su rostro, que se alargaba, en sus mejillas, que palidecían, y en sus ojos, que iban hundiéndose de un modo notable. Solamente en aquella demacración de toda su persona, la boca seguía pareciendo una flor más pequeña, más dulce, más linda en su expresión permanente de tristeza que lo había estado nunca en la época de sus más regocijadas sonrisas. Para distraerse de tantas amarguras, para llenar